

querido S. Nicolás, que parezca la preseña que me falta. Extraña sencillez aunque nacida de una devoción tan ciega, como si Cristo Señor Nuestro, autor de los milagros, no pudiera hacer que pareciese la preseña perdida sin la intervención de S. Nicolás. Así parece la devoción sencilla del historiador de éste caso, que quiere que la Virgen Santísima necesitase del cinto de la religión para el milagro de la salud de D. Juan; he dicho esto por satisfacer á la calumnia que le impone el Maestro Cisneros de haber callado con cuidado la circunstancia de ser de la religión de Nuestro Padre San Agustín, y en ella del P. Coruña el cinto con que mandó la Virgen Santísima de los Remedios que se ciñese D. Juan para conseguir la salud, y todo lo hereferido en este capítulo, para que se vea cómo Fr. Bartolomé de Olmedo fué quien colocó esta Soberana imagen en el altar que se hizo en el Cu de Tlatilulco, donde le dijo misa y celebró fiestas el tiempo que estuvo en él.

## CAPITULO XI



*De lo que Fr. Bartolomé obró en Cempoal y la prudencia con que se portó con Pánfilo de Narvaez para que Cortés ganase su ejército.*

Estando el capitán Hernando Cortés con Fr. Bartolomé y sus nobles y valerosos capitanes en México, y tratando con el gran Montezuma de asentar fija la obediencia á nuestro soberano emperador Carlos V. y de introducir en ésta tierra la santa fé católica, y borrar de los corazones de los indios la abominable adoración de sus ídolos, pues para ello tenían ya su ermita y altar en el mismo Cu de Tlatilulco, y en él colocada la santa Cruz y la milagrosa Imagen de Nuestra Señora de los Remedios; llegó noticia de que había llegado á Villarica una armada, que se componía de diez y nueve bajéles, y en

ellos mil y cuatrocientos soldados, con muchos tiros de artillería, pólvora y balas, ochenta hombres de á caballo, noventa ballesteros y setenta escopeteros, de que venía por general Pánfilo de Narvaez, íntimo amigo del gobernador Diego Velazquez; con designio de apoderarse de ésta tierra y que prendiesen á Cortés y le quitasen lo que habia ganado. Y aunque de todo este intento tuvo noticia la real Audiencia de Santo Domingo, y los monjes Gerónimos que la gobernaban y en nombre de su Magestad requiriendo al dicho Diego Velazquez para que no enviase dicha armada contra Cortés, porque era destruir la conquista que tan gloriosamente habia empezado; sin embargo no quiso desistir de su intento el dicho gobernador ni aun el mismo Pánfilo de Narvaez, pues no hizo caso del Lic. Lúcas Vazquez de Ayllon, oidor de aquella audiencia, á quien la misma Real Audiencia y los gobernadores habian enviado para atajarle, ante el dicho Narvaez le prendió y embarcó para la isla de Santo Domingo, sin mirar que era ministro de su Magestad.

Luego que Cortés supo que Pánfilo de Narvaez habia desembarcado en San Juan de Ulúa y los designios con que venía, que habia querido

prender á Gonzalo de Sandoval, valeroso capitán de Cortés, y alcaide de la fuerza de dicha Villarica, y asimismo que para conseguir su intento dicho Narvaez se carteaba ya con Montezuma, diciéndole que Cortés y los demás capitanes y soldados, era gente ruin y huida de España y rebeldes á su Rey y Señor, y que él y los suyos que venian en la armada eran los verdaderos vasallos del emperador Carlos quinto, y que así venian en su nombre y otras cosas que el dicho Narvaez decia y hacia muy indignas. Trató Cortés de poner remedio á ello y atajar tantos daños como de esto se seguirian, y determinó dejar en México á Pedro de Alvarado con ochenta soldados, y se le encargó á Montezuma que miráse por él, con lo cual salió de México con los demás compañeros y soldados que tenia, y á largas jornadas se encontró con Gonzalo de Sandoval, que le dió noticia de todo lo que habia hecho Pánfilo de Narvaez, y cómo se habia apoderado de la Villarrica, y estaba en Cempoal donde habia formado ejército contra Cortés. Oido todo esto, se intentaron todos los medios que podian de paz entre los dos generales; mas viendo Cortés que Narvaez no venia en ello, hubo de valerse de su valor y maña, que fué resolver que Fr. Bartolomé de Olmedo fuese al Real de

Narvaez, y se le diese por muy amigo, para que así le descubriese sus intentos, y reconociese la gente y peltrechos que traia, y para que con su prudencia y sagacidad, tratase de suerte que venciesen al dicho Narvaez; y así se consiguiese que Dios y el Rey fuesen servidos en la conquista que tenían entre manos; y aunque Fr. Bartolomé se escusó de ésta embajada, diciendo que este no era oficio de religioso, y que también los del ejército de Narvaez eran cristianos como los de Cortés; sin embargo, todos los capitanes, caballeros y soldados del ejército y compañía de Cortés, le instaron à Fr. Bartolomé à que hiciese la embajada, porque conocian su buen juicio, ingenio y prudencia, y que aquello convenia al servicio de ámbas Majestades, pues con ésto se evitaría el escándalo que se habia causado á los indios y al mismo Montezuma por las cartas de Narvaez, pues viéndolos pelear unos con otros, siendo cristianos y todos vasallos de un mismo Rey, es cierto que se escandalizarian y perderian el concepto que tenían de nosotros, con lo cual hallándose convencido Fr. Bartolomé, habiendo hecho muchas protestas, obedeció á Cortés, y encomendando muy de veras á Dios negocio tan árduo, en que sin duda alguna consistió lo principal de la conquista de

ésta nueva España, fué al Real de Narvaez en la forma que aquí se dirá, para cuya claridad lo diré en la misma forma que lo refiere Bernal Diaz como testigo digno del mayor crédito y que se halló presente à todo.

Dice pues éste autor en el capítulo ciento diez y seis de su historia de nueva España lo siguiente: «Y pues como ya estábamos en aquel pueblo todos juntos, acordamos que con el Padre de la Merced se escribiese otra carta al Narvaez que decia ella así, (pondré por mayor las razones de la carta), que fué lo primero dándole la bienvenida á Narvaez, y reconviniéndole que no habia querido responderles á otra que ántes le habian escrito, y que siendo ellos tan leales vasallos de su Majestad, los trataba con calumnia de traidores, y que tenía ya revuelta toda la tierra con las cartas que habia escrito á Montezuma, que le han ofrecido medios de paz y conveniencias en ésta tierra, y no ha querido aceptarlos, que si trae órdenes y provisiones reales que muestre los originales de ellas para obedecerlas con toda prontitud como fieles vasallos de su Majestad, y no ha querido hacerlo, que le requerian en nombre de Dios y su Majestad del Rey nuestro Señor, mostrase auténticos despachos y se notificasen en forma, que para obede-

cerlos pecho por tierra habian venido á aquel pueblo de Fanguenequita; y que si no trae los despachos que refiere, se vuelva á Cuba y no alborote la tierra, protestando que de no hacerlo así, irán á aprehenderlo y remitirlo preso al Rey nuestro Señor, y que todos los daños como muertes, fuegos y menoscabos que sucedieren, serán por su cargo y cuenta; y que ésto se le escribe ahora en carta misiva, por no haber escribano que se atreva á ir á notificárselo en forma porque no le prehenda y le haga el gran desacato que hizo con el Lic. Lúcas Vazquez de Ayllon, oidor de su Magestad, y que por éste desacato, y lo que ha intentado alborotando éste reino, le cita y emplaza, como capitán general y justicia mayor de á questa nueva España, para demandárselo usando de justicia, pues es lo que ha cometido crimen de «lesae magestatis;» y que tambien le requería que luego volviese al cacique gordo las mantas, ropas y joyas de oro que le habian tomado por fuerza, y asimismo las hijas de Señores que nos habian dado sus padres, y que mandáse á sus soldados que no robasen á los indios de aquel pueblo ni de otros. Todo ésto contenia en suma la carta que se le escribió á Narvaez, y la firmaron Cortés y los capitanes, y el mismo Bernal Diaz del Castillo

que lo refiere, y otros soldados; y con ella fué el mismo fraile con un soldado que se llamaba Bartolomé de Vsagre porque éste era hermano del artillero Vsagre, que tenia á cargo la artillería de Narvaez; y así llegaron juntos nuestro religioso y el Vsagre al pueblo de Cempoal donde estaba Narvaez; y por ser dilatada la embajada, la pondremos como lo hace Bernal Diaz en otro capítulo, sin hacer en él más que referir á la letra lo sucedido como lo cuenta el autor.

---

## CAPITULO X.

*De cómo Fr. Bartolomé fué á Cempoal á donde estaba Narvaez, y todos sus capitanes, y les dió la carta, y lo que pasó con ellos.*

Como el fraile de la Merced llegó al eal de Narvaez, sin más gastar yo palabras en tornarlo á recitar, hizo lo que Cortés le mandó, que fué á convocar á ciertos caballeros de los de Narvaez y al artillero Rodrigo Martín, que así se llamaba, y á el Vsagre, que tenía también cargo de los tiros, y para mejor le atraer, fué un su hermano de Vsagre con tejuelos de oro, que dió de secreto al hermano; y asimismo repartió el fraile todo el oro que Cortés le mandó, y habló al Andrés de Duero que luego se viniese á nuestro Real á ver con Cortés: y además de esto ya el fraile había ido á ver y á hablar al

Narvaez, y á hacérsele muy gran servidor; y andando en estos pasos, tuvieron gran sospecha de lo en que andaba nuestro fraile, y aconsejaban al Narvaez que luego lo prendiese, así lo quería hacer, y como lo supo Andrés de Duero que era secretario del Diego Velazquez, y era de Tudela de Duero, y se tenían por deudos el Narvaez y él, porque el Narvaez también era de tierra de Valladolid, ó del mismo Valladolid, y en toda la armada era muy estimado, y preeminente el Andrés de Duero, fué á Narvaez y le dijo que le habían dicho que quería prender al fraile de la Merced, mensajero y embajador de Cortés, que mirase que ya que se tuviese sospecha, que el fraile hablaba algunas cosas en favor de Cortés, que no es bien prenderle, pues que claramente se ha visto, cuanta honra é da divas de Cortés á todos los suyos del Narvaez, que allá van, é que el fraile á ha hablado con él, después que allí ha venido, y lo que siente de él, es que desea que él y otros caballeros del Real de Cortés se vengan á recibir y que todos fuesen amigos; é que mire cuanto bien dice Cortés á los mensajeros que envía, que no le sale por la boca á él, ni á cuantos con él están, sino el señor capitán Narvaez, y que sería poquedad prender á un religioso, é que otro hombre que

vino con él, que es hermano del Vsagre el artillero, que le viene á ver, que convide al fraile á comer y le saque del pecho la voluntad, que todos los de Cortés tienen: y con aquellas palabras y otras sabrosas que le dijo, amansó al Narvaez: y luego desque esto pasó se despidió Andrés de Duero, del Narvaez, y secretamente habló al Padre lo que habia pasado, y luego el Narvaez envió á llamar al fraile, y como vino, le hizo mucho acato, y medio riendo (que era el fraile muy cuerdo y sagáz) le suplicó que se apartase con él en secreto, y el Narvaez y el fraile se fué con él paseando á un patio, y el fraile le dijo: Bien entendido tengo que V. m. me quería mandar prender, pues hágole saber Señor, que no tiene mejor, ni mayor servidor, en su Real, que yó, y tenga por cierto, que muchos caballeros y capitanes de los de Cortés le querian ya ver en manos de V. m. y así creo que vernemos todos; y paramás le atraer, á que se desconcierte, le han hecho escribir una carta de desvarios, firmada de los soldados que me dieron que diese á V. m. que no la he querido mostrar hasta agora que viene á plática, y en un rio la quise echar por las necesidades que en ella trae, y ésto hacen sus capitanes y soldados de Cortés por verle ya desconcertar; y el Narvaez

dijo, que se le diese; y el fraile dijo; que se la dejó en su posada y que iría por ella; y así se despidió para ir por la carta. Y entretanto vino al aposento de Narvaez el bravo Salvatierra, y de presto el fraile llamó á Duero que fuese luego en casa de Narvaez, para ver darle la carta, que bien sabía ya el Duero de ella, y áun otros capitanes de Narvaez, que se habian mostrado por Cortés, porque el fraile consigo la traia, sino porque estuviesen juntos muchos de los de aquel real, y la oyesen. Luego como vino el fraile con la carta se la dió al mismo Narvaez, y dijo: no se maraville V. m. con ella, que ya Cortés va desvariando, y se cierto, que si V. m. le habla con amor, que luego se le dará él y todos los que consigo trae. Dejémos de razones del fraile, que las tenia muy buenas, y digamos que le dijeron á Narvaez los soldados y capitanes que leyese la carta; y desque la oyeron dizque hacian bramuras el Narvaez y el Salvatierra, y los demás se reian, como haciendo burla de ella; y entónces dijo el Andrés de Duero; ahora yo no se como sea ésto, yo no lo entiendo, porque éste religioso me ha dicho, que Cortés y todos se le darán á V. m., y escribir ahora éstos desvarios, y luego de buena tinta. Tambien le ayudó á la plática al Duero un Agustin Bermudez,

que era capitán y alguacil mayor del Real de Narvaez, y dijo: ciertamente también he sabido de éste fraile de la Merced, muy en secreto, que como enviase ciertos terceros que el mismo Cortés venia à verse con V. m. para que se diese con sus soldados, y será bien que envíe á su Real, pues no está muy léjos. al Sr. veedor Salvatierra y al Sr. Andrés de Duero, y yo iré con ellos; y ésto dijo adrede, por ver qué diría el Salvatierra; y luego dijo el Narvaez que fuese el Andrés de Duero y Salvatierra; y respondió el Salvatierra que estaba mal dispuesto y que no iría á ver un traidor; y el fraile le dijo; Señor veedor bueno es tener templanza, pues está cierto que le tendreis preso àntes de muchos dias. Pues concertada la partida del Andrés de Duero, parece ser muy en secreto, trató el Narvaez con el mismo Duero, y con tres capitanes, que tuviesen maneras con el Cortés, como se viesen en unas estancias, y casas de indios, que estaban entre el Real de Narvaez y el nuestro, y que allí se darian conciertos, donde habiamos de ir con Cortés á poblar, y partir términos, y en las vistas se prenderian, y para ello tenia ya hablado el Narvaez á veinte soldados de sus amigos, lo cual luego supo el fraile del Narvaez y del Andrés de Duero, y avisaron á Cortés de todo,

Dejémos al fraile en el Real de Narvaez que ya se habia hecho muy pariente y amigo de Salvatierra, siendo el fraile de Olmedo y el Salvatierra de Burgos.

En fin de este capítulo y de lo que dice despues en el capítulo ciento veinte Bernal Diaz del Castillo, se colije bien la prudencia, y agudeza de ingenio de Fr. Bartolomé de Olmedo, en los medios de que usó en su embajada, en que consistió toda el buen suceso de Cortés, y el proseguirse la conquista de Nueva España, pues es cierto que si sucediera al revez, ó no hubiera ejecutado esta accion mañosa Fr. Bartolomé, no sabemos el suceso que hubiera y las muertes y escàndalos que se siguieran; pero por el buen celo en servicio de ambas Magestades; y por la buena disposicion de tan discreto religioso; coció Cortés á Narvaez no muy bien apercebido, y viniendo á batalla le prendió y le llevó consigo, agregó à su ejército todos los soldados de Narvaez, y de todos hizo y junto más de mil quinientos soldados españoles, que llevó á México á continuar su valerosa conquista de este reino.

## CAPITULO XI.

*En que se trata de otros actos prudentiales que Fr. Bartolomé usó en varias ocasiones, muy esenciales al logro de la conquista de éste reino.*

Mucho importa la prudencia en las disposiciones, para conseguir los aciertos que se desean, y quien ocupa todos los sentidos en el valor para la batalla, no puede todas veces advertir los medios prudentiales que necesita; y así ha menester personas de consejo y prudencia que les adviertan. Sólo Dios que es la suma sabiduría pudo tener inmensidad para todo cuanto crió al hombre dijo Tertuliano, *recogita totum Deum occupatum, mano, opere et consilio*, que no se dan fácilmente las manos las obras y los consejos, sino es en la inmensa sabiduría y om-

nipotencia de Dios; pero en los hombres, unas veces se pierden los negocios de las manos, porque les faltó el consejo y otras veces se pierden los aciertos por los desacertados consejos.

Ocupábase de todo Cortés en los arrojos de su valor, y aun sus valerosos capitanes le seguían en estos, como le imitaban en el valor, y como los impulsos de sus espíritus, solo atendían al glorioso fin de sus hazañas no miraban algunas veces los medios, que debía advertir la prudencia. Pero tenían al Aaron discreto que les advirtiese lo que convenia para las buenas disposiciones de los negocios, este era el venerable Padre Fr. Bartolomé de Olmedo, que en todas las ocasiones que se ofrecían acudió con su maduro consejo para el acierto; ¡cuántas veces se hubiera errado el negocio tan grave como el de la conquista de esta Nueva España, si no hubiera intervenido la prudencia de Fr. Bartolomé! ¡cuántas enemistades deshizo entre los mismos españoles reconciliándolos en verdadera amistad y apacible hermandad, para que se consiguiese el fin principal de la conquista y se introdujese en esta tierra nuestra santa fé católica! ¡cuántos avisos dió á Cortés y á sus capitanes, en que consistió el buen suceso de esta victoria! Véase el modo con que obró en el capítulo pasado para



que se atajasen los intentos de Narvaez, porqueno se perdiere, lo que tan mañosamente se habia negociado en la reduccion de los indios, pues es cierto que si no hubiera intervenido la prudente disposicion de Fr. Bartolomé, no se hubiera desbaratado el ejército de Narvaez, antes sí prevaleciera, como mucho mayor y más fortificado al de Cortés, que era muy corto, y estaba ya muy flaco, y prevaleciendo, no sabemos el suceso que hubiera habido, y otras muchas consecuencias que se hubieran seguido muy contrarias al buen negocio, que de lo hecho se consiguió.

Grandes fueron los efectos que en otras ocasiones consiguió la prudencia y buen consejo de Fr. Bartolomé; habiendo llegado el ejército de Cortés en sus principios al pueblo de Cocotlan, que por otro nombre llamaron Castilblanco, pueblo ya de la jurisdiccion de México, quizo Cortés poner una cruz en él, siendo así que pasaban adelante, y luego que Fr. Bartolomé lo entendió, le replicó, diciendo, que allí no quedaba segura la Santa Cruz, porque aquellos indios eran malos y la ultrajarian, que primero era reducirlos y engendrarles algun género de respeto á la Santa Cruz y á los santos, y luego ponerla; con que se redujo Cortés y se guardó para otra ocasion el ponerla; y es cierto que el religioso celo.

so de la honra de Dios, miró por sus imágenes, por que en aquella ausencia que habian de hacer corria mucho peligro la Santa Cruz en los desacatos atrevidos de los indios.

Tambien importó mucho el consejo que Fr. Bartolomé dió á Cortés, cuando le ofrecieron el cacique Xicotenga en Tlaxcala y el Massescatzi, sus hijas, que les previno no las recibiesen hasta que prometiesen no sacrificar los ídolos; que aunque por entónces no se consiguió por las razones que ellos dieron, segun se refirió en el capítulo quinto que trata de este suceso; pero es cierto que importó mucho para que los indios se persuadiesen á que los españoles no cuidaban de negocios temporales, sino solamente del negocio principal de la introduccion de nuestra santa fé católica, y de la abominacion de sus idolatrías, y abolicion de sus vanas supersticiones, como despues se consiguió este fin, bautizando al dicho Xicotenga, y á las dichas indias principales, como quedó dicho en dicho capítulo quinto.

Lo mismo aconsejó Fr. Bartolomé á Cortés en Cholula persuadiéndole, á que no violentase á los caciques de aquellos reinos para que luego al punto destruyesen sus ídolos, sino que diese tiempo para que poco á poco, se les fuese intro-

duciendo nuestra Santa fé católica, y la fuesen abrazando con afecto, porque esta accion no pedía que fuese por fuerza y violencia, sino muy de voluntad con cuyo consejo se hacia como Fr. Bartolomé lo disponia, por que así Cortés como los demás capitanes le tenian tanta veneracion que luego al instante le obedecian en los puntos que miraban al fin espiritual de la conquista de las almas.

No ménos procedió con prudencia cristiana y mañosa Fr. Bartolomé cuando estando preso el gran Montezuma por Cortés en su mismo palacio; (como se verá en el capítulo siguiente) por cuya prision se enfurecieron los indios y querian matar á todos los españoles, teniéndolos sitiados de suerte que no se podian defender, le pidió Cortés á Fr. Bartolomé que se entrase al aposento de Montezuma y lo persuadiese con discrecion á que se asomase á un balcon y apaciguase á los indios, que tan fiero guerra nos daban; y aun siendo una accion tan árdua, pues era contra el mismo Montezuma, lo hubo de reducir á que lo hiciese, con maña y sagacidad, aunque le costó muy caro al miserable Montezuma como se verá despues.

Otros muchos actos de prudencia y celo santo obró en todas ocasiones Fr. Bartolomé, que

fueron muy importantes al servicio de ámbas Magestades, y á la consecucion de la conquista; pues aun entre los mismos españoles era el medianero de la paz para componer las disenciones que solian tener y hacerlos amigos, accion muy importante para los buenos sucesos, porque siendo pocos como eran y dividirse con enemistades era perderse todos, y hacerse guerra unos españoles á otros, era quebrar las fuerzas, para la guerra que tenian tan fiero con los indios; y conociendo ésto el buen religioso, siempre procuraba componerlos con discrecion y prudencia; como se vió en la provincia de Pánuco, donde primeramente apaciguó á los indios que daban fuerte guerra á los españoles, y por las persuaciones apacibles de Fr. Bartolomé, se dieron luego de paz todos los pueblos. Despues habiendo llegado á ésta dicha provincia de Pánuco Francisco de Garay, con una armada contra Cortés, sobre que estaba ya alborotada toda aquella tierra, fué enviado de Cortés Fr. Bartolomé con otros capitanes, á reconocer la venida del dicho Garay, y tuvo tan discreto modo que lo pacificó, y redujo á Francisco de Garay á amistades con Cortés, sin que llegasen á batalla, ni á derramamiento de sangre sino con tanta cordura que los hizo amigos, y para afirmar esta

amistad, trató luego casamiento de un hijo de Garay, con hija de Cortés, que se llamaba Doña Catalina Cortés y Pizarro y quedando amigos, le dió despues una enfermedad á Garay, y le asistió con toda fineza Fr. Bartolomé, reduciéndolo á una buena confesion que hizo con él, y murió en sus manos como buen cristiano; con que se verá el celo santo y prudencia con que este verdadero religiosa acudía á todas las cosas para que tuviesen el acierto que convenia.

## CAPITULO XII.

*En que se trata de la prision y muerte de Montezuma, y de lo que en ella obró Fr. Bartolomé.*

En el capítulo 118 de la historia de Bernal Diaz del Castillo, se refiere que habiende vuelto Fernando Cortés, con su ejército ya copioso, por la presa que habian hecho de la armada de Panfilo de Narvaez, se ensoberbeció más de lo que debiera, y empezó á hacer prodigalidades con los soldados de Panfilo de Narvaez, dejando sin premio y sin paga á muchos de los suyos que tambien lo merecian; y viendo esto, y la soberbia que nuevamente habia engendrado, no pudo sufrirlo Fr. Bartolomé, y acompañado con Alonso de Avila, capitan muy cuerdo, muy cristiano y muy valiente, se entró á él y le reprehendió